

Col·lectiu Wilson

# La economía ante la independencia

En el debate actual sobre los efectos económicos de una posible independencia de Catalunya, se acostumbra a hacer una distinción, que creemos útil, entre las consecuencias a medio y largo plazo y los llamados costes de transición a corto plazo.

No hay ninguna duda de que una Catalunya independiente sería completamente viable: su población es similar a la de países como Dinamarca o Suiza; tiene un nivel de renta superior a la media de la UE; cuenta con una economía competitiva y diversificada; y disfruta de una administración pública capaz de gobernar el país desde la hora cero. La independencia de nuestro país tendría efectos económicos positivos a medio y largo plazo. Eliminaría un déficit fiscal muy grande y persistente (el que ahora obliga a la Generalitat a endeudarse para cubrir sus gastos). Permitiría al Gobierno de Catalunya tomar decisiones estratégicas que afectan al potencial productivo y bienestar de sus ciudadanos (como infraestructuras, educación o impuestos), que son clave para avanzar en un mundo globalizado y que, hasta ahora, han sido desatendidas por un Estado central con otras prioridades e intereses. En este escenario, el Govern podría hacer frente a las obligaciones de un Estado de bienestar adelantado –en especial las pensiones– con tantos o más recursos que el Estado.

¿Podrían ser los costes de la transición a un Estado propio más altos que los beneficios derivados de tener un Estado plenamente reconocido y operativo en la Unión Europea y dentro del euro? Si hay voluntad política de todas las partes implicadas, no hay razón objetiva que impida la continuidad de facto de las relaciones económicas y financieras con el resto de Europa en todos los ámbitos. Como una decisión política deliberada de impedir esta continuidad tendría costes económicos para todo el mundo, entendemos que las amenazas del Estado español tienen poca credibilidad.

En todo caso, estos costes de transición se podrían plantear en tres grandes áreas: un

COL·LECTIU WILSON: Pol Antràs, Universidad de Harvard; Carles Boix, Universidad Princeton; Jordi Galí, CREI; Gerard Padró, London School of Economics; Xavier Sala i Martín, Universidad de Columbia; Jaume Ventura, CREI

boicot comercial, la pertenencia a la UE, y el mantenimiento del euro. ¿Qué impacto económico podría tener un boicot comercial? Es cierto que Catalunya vende a España cerca de una quinta parte de lo que produce. Ahora bien, cuando calculamos los efectos comerciales de la independencia, hay que hacer cuatro consideraciones. Primera, un boicot afectaría mucho más a bienes de consumo (sólo un tercio de las exportaciones catalanas) que los bienes de capital o intermedios. Segunda, es difícil creer que habría boicot de productos de multinacionales (el 40% de la facturación manufacturera catalana) porque no se podría distinguir el origen. Tercera, el boicot tendría efectos muy graves sobre los que hicieran el boicot. Y cuarta, los produc-



JOSEP PULIDO

tos boicoteados se podrían revender (eso sí, a precios reducidos o con costes más elevados) en otros lugares. Con estos factores, nuestro cálculo es que los efectos comerciales de la independencia serían transitorios y difícilmente superarían el 1% del PIB catalán.

El Gobierno español ha enfatizado que la independencia supondría la expulsión automática de la UE. Ahora bien, una expulsión implicaría el reconocimiento formal de Catalunya como Estado –cosa que Madrid también ha afirmado que no hará nunca–. En todo caso, los tratados de la UE no hacen ninguna referencia a la expulsión de la UE en caso de constitución de un nuevo Estado por un territorio que forma parte de la UE. De he-

cho, el artículo 50 de los tratados exige un proceso de negociación y el consenso de las partes implicadas para permitir a un miembro de la UE salir de la Unión. Considerando el nivel de inversiones de empresas europeas, la decisión sobre el tratamiento en Catalunya será política. Las decisiones de la UE se han caracterizado por su pragmatismo, por intentar garantizar lo mejor posible la continuidad de los derechos y obligaciones de los ciudadanos europeos y preservar la estabilidad económica y financiera. En la crisis reciente, incluso se han violado normas básicas de los tratados europeos, como el principio de “no rescate” y el de “no monetización de la deuda”, para evitar el colapso financiero de algunos miembros.

Como país soberano, Catalunya podría seguir utilizando el euro –tenemos ejemplos de países que usan una moneda de otro Estado–. Para garantizar la continuidad del actual régimen de supervisión y acceso a la liquidez del sistema bancario se podría establecer un acuerdo monetario como el que tienen Mónaco y otros microestados no miembros de la UE aunque adaptado a las circunstancias del caso catalán (haber adoptado el euro desde sus inicios y mostrar el deseo de formar parte del eurosistema como miembro de pleno derecho). Incluso en ausencia de este acuerdo, los bancos que operaran en Catalunya y fueran solventes podrían obtener liquidez de forma indirecta, a través de matrices o filiales operando en países de la zona euro, o en el mercado interbancario global. Cualquier suspensión de pagos de un banco sin su actividad restringida a

Catalunya tendría un efecto reputación devastador sobre todo el grupo bancario del que forma parte y, por tanto, este sería el primer interesado en garantizar la liquidez de sus operaciones en Catalunya.

En definitiva, mientras que cualquier beneficio de la independencia será permanente, cualquier coste transitorio será temporal (y determinado por el comportamiento del Estado español). Eso implica que el balance neto de la independencia depende del peso que, a la hora de decidir el 27-S, demos a nuestro futuro y al del nuestros hijos. Por poco que valoremos este futuro, creemos que ser soberanos será bueno para todo el mundo.●

Pilar Rahola



## Simpáticos

En esto de hacer butifarra a las reivindicaciones catalanas los hay de dos tipos: los que ponen cara de inquisidor mayor y amenazan con el fuego purificador, y los que se echan unas risas, nos invitan al baile y luego nos dicen franquistas. Es decir, están los que ponen cara de ogros y los que son muy salerosos pero tienen las mismas intenciones.

Personalmente prefiero la cara que nos ponía Aznar cuando nos atizaba que la de Zapatero que, como le dije personalmente, fue el presidente que mejor sonreía cuando nos mentía.

Entre los adustos y los simpáticos, los primeros no esconden las cartas y se les ve venir, pero los segundos nos muestran baratijas, cual colonizadores en tierras indias. Y entre la rotundidad del no agrio y la trampa del no zalamero, lo primero es más honesto. Es cierto, y nobleza obliga, que la izquierda española difiere en algunos temas nuestros de la derecha española, pero no en lo sustancial: ni nación, ni derecho a decidir, ni pacto fiscal, ni referéndum, ni el sursuncorda.

Es decir, son diversos pero, respecto de Catalunya, muy parecidos.

## La sonrisa de Susana mientras nos desprecia es más hiriente que la cara de asfalto de la derecha

A las pruebas del último cariño me remito, repetido en los dos flancos ideológicos, hasta la saciedad: la comparativa del proceso catalán con cualquier monstruosidad ideológica que haya campado por la Tierra. Perdonen pero, ¿hay diferencia entre los líderes cavernosos que nos han comparado con el nazismo y el simpático compañero Felipe, que ha hecho lo propio? Es cierto que unos lo hacen en los micrófonos irredentos y el segundo en *El País*, que siempre queda más progre, pero lo dicho: a lo agrio o a lo simpático, el mismo bofetón. Y ahora, para más leña, el fuego amigo de Susana Díaz, encarnación viva de la simpatía, todo sonrisa, alegría y compadreo, pero zas, nos espeta que somos franquistas con una aria desafinada y su bis correspondiente. Por supuesto la cara de Susana invita a unas birras y la de Cospedal, a una huida, pero al final lo que queda es lo que queda: que sonriendo o regurgitando, nos degradan de la misma manera. Esa es la trampa y el cartón de ese edificio de naipes que nos propone el amigo Pedro, con su danzarín Iceta dirigiendo el ballet, que piensan lo mismo, pero lo adornan de mejor manera.

Sinceramente, los hay que estamos hartitos de tanta simpatía con escupitajo. Y no porque seamos el sindicato de los cansados, en expresión de Iceta –que, cuando no tiene argumentos, se vuelve muy divertido–, sino porque las sonrisas de las Susanas mientras nos desprecian y nos insultan son más hirientes que la cara de asfalto de la derecha irredenta. En este punto, ¿podrían dejar la simpatía para la intimidad? Porque miren, al menos el PP nos trata como adultos cuando nos degrada, pero los socialistas se creen que somos menores de edad y nos degradan dándonos palmaditas. ¿Sabrán que ya somos un pueblo crecido? Pues si lo saben, lo disimulan.●

Gerard Costa

## Yo os maldigo

Antón Chéjov decía que no percibes la diferencia entre invierno y verano cuando eres feliz. No pensaré lo mismo quien haya estado este julio veraneando por España. Los españoles, felices por estar saliendo de la crisis, acabamos de experimentar este verano un tráiler de lo que supondrá en el futuro el cambio climático. Una vez vistas las orejas al lobo, ¿qué protagonistas sociales quieren reaccionar?

Las empresas están demostrando que no podemos estar esperando alguna aportación válida. En general, se focalizan en buscar oportunidades de negocio: plantar viñas en Inglaterra, buscar petróleo donde antes estaba el Ártico, o invertir en recursos escasos, como será el agua.

G. COSTA, profesor de Esade Business and Law School

Las administraciones quedan representadas por la parlamentaria europea Françoise Grossetête. Ella defendía, el año pasado, que luchar contra el cambio climático era la guerra equivocada, una guerra ideológica que sacrificaría puestos de trabajo en Europa, empleo y décimas del PIB. Y resolvía el dilema base: siempre potenciar la innovación (una molécula buena que absorba los gases malos de CO<sup>2</sup>), nunca restringir el consumo.

Quedamos, pues, los individuos: ¿prefiere rezar por la innovación o aceptar leyes que limiten el consumo? Las investigaciones evidencian que aumenta nuestra sensibilidad como ciudadanos por el futuro del planeta. Pero como consumidores seguimos anteponiendo comprar lo fácil a lo sostenible. No renunciamos a las bolsas de plástico: las pagamos. No dejamos el automóvil: nos quejamos por el precio de la gasolina. Y no recla-

mamos a los gobernantes energías renovables: queremos una factura plana de la luz. No estamos dispuestos a cambiar nuestra libertad de consumo por una regulación efectiva e inmediata.

¿Usted qué prefiere? ¿Mantener su libertad de consumo y que le sirvan el jamón en esas bandejas de plástico de bolitas blancas, tan cómodas, o aceptar que se prohíba todo aquello sospechoso de causar el efecto invernadero? ¿Rezar por la innovación o apostar por la restricción?

Las generaciones futuras nos maldecirán, como hizo Charlton Heston en la escena final de *El planeta de los simios* al ver su planeta destrozado. En las nuevas y fresquitas viviendas, bajo tierra de Plutón, nos compararán con una inmensa orquesta del *Titanic* que, mientras el barco se hundía, seguía tocando. Nosotros seguimos consumiendo.●